

El camello cojito

(Auto de los Reyes Magos)

Gloria Fuertes

El camello se pinchó
Con un cardo en el camino
Y el mecánico Melchor
Le dio vino.

Baltasar fue a repostar
Más allá del quinto pino....
E intranquilo el gran Melchor
Consultaba su "Longinos".

-¡No llegamos,
no llegamos
y el Santo Parto ha venido!

-son las doce y tres minutos
y tres reyes se han perdido-.

El camello cojeando
Más medio muerto que vivo
Va espeluchando su felpa
Entre los troncos de olivos.

Acercándose a Gaspar,
Melchor le dijo al oído:
-Vaya birria de camello
que en Oriente te han vendido.

A la entrada de Belén
Al camello le dio hipo.
¡Ay, qué tristeza tan grande
con su belfo y en su hipo!

Se iba cayendo la mirra
A lo largo del camino,
Baltasar lleva los cofres,
Melchor empujaba al bicho.

Y a las tantas ya del alba
-ya cantaban pajarillos-
los tres reyes se quedaron
boquiabiertos e indecisos,
oyendo hablar como a un Hombre
a un Niño recién nacido.

-No quiero oro ni incienso
ni esos tesoros tan fríos,
quiero al camello, le quiero.
Le quiero, repitió el Niño.

A pie vuelven los tres reyes
Cabizbajos y afligidos.
Mientras el camello echado
Le hace cosquillas al Niño.

“Algunos niños, tres perros y más cosas”

Malaquiades inventor

Juan Farias

Hace algunos años, cuando yo era más bajito y aún tenía papá, conocía a un señor que se llamaba Malaquiades.

El señor Malaquiades vivía cerca de mi casa, al otro lado del campo de las higueras, en una casa rara y divertida, donde, entre otras cosas, almacenaba disparates.

El señor Malaquiades era un sabio inventor que nunca invento nada nuevo, porque el sacacorchos, que yo sepa ya, ya estaba inventado, y la rueda también,

el paraguas es tan antiguo como la lluvia mientras que la pólvora que no explota no pasa de ser un sueño poético,

la cuchara debió de inventarse al mismo tiempo que la sopa y la cucharaparaguasacacorchosperoandante, con freno y marcha atrás pero sin plaza para viajero, no es más que un desafortunado invento al que aún hoy no se ha podido encontrar aplicación.

Los vecinos, como es natural, no se tomaban en serio al señor Malaquiades. Se reían de él. Pensaban que era un hombre bondadoso, pero absurdo y divertido.

– Mi querido señor Malaquiades – le decían –, su invento de hoy también es una tontería.

Él agachaba la cabeza avergonzado, pero solo un minuto, quizá menos de un minuto para en seguida sonreír con aquel inagotable:

– Otra vez será.

Y empezaba a trabajar de nuevo en otra cosa.

Una tarde, mientras yo perseguía una mariposa azul entre las higueras, ya en otoño, oí gritar al señor Malaquiades. Gritaba: ¡Eureka!, ¡Eureka!

Corrí a ver que pasaba y lo encontré atornillando no sé que cosa a una sopera de latón.

Le brillaban los ojos y era de felicidad.

Empecé a reírme seguro de que aquel invento también sería una bobada.

Me reía y reía cuando apareció mi padre, despacio, fumando su enorme pipa de espuma de mar. Vio al señor Malaquiades y dijo:

- ¿No es formidable? ¡Cielos, yo diría que lo es!

Mi padre no se rió de aquel viejo loco. Me volví hacia él y ví sus ojos llenos de ternura.

- ¿Formidable, una sopera con limpiaparabrisas o algo así? –pregunté extrañado.
- No es una sopera con limpiaparabrisas – dijo mi padre bajado la voz como para no espantar la alegría del señor Malaquiades –. Le está poniendo otro tornillo a la ilusión de inventar algo – y añadió –: Si no ves algo así entonces es que no eres tan listo como yo creía.

Mi padre se fue, sonriendo, a pasear entre las higueras.

Yo me quedé allí, pensando:

- ¿Qué ha querido decir mi padre?
